

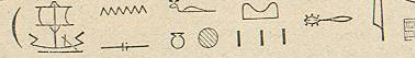

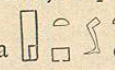


tra allí como Buto, señora de la ciudad de las dos cejas (am)» Otra palabra del antiguo egipcio escrita de la misma

manera, aunque con distinto signo determinativo 


 am, tiene el significado de la palabra griega *πῆλος*, conservado en el copto *amri*, *amre*, *amre*, *lutum*. No pueden determinarse con seguridad si los antiguos egipcios que tenían tan decidida afición á los juegos de palabras, usaron en vez de «la ciudad de las dos cejas» este segundo significado de la palabra am para escribir el nombre de la ciudad, ó si los griegos y semitas dieron una segunda significación á la palabra am interpretándola de una manera errónea. Es, sin embargo, indudable que los nombres de Pelusium y Sin, que á la ciudad dieron los griegos y los semitas, son una traducción del antiguo nombre egipcio Am, traducción en la que, por ignorancia de la nomenclatura mitológica, se dió al nombre de la ciudad Am un significado que también tiene esta palabra y que no está mal aplicado á la ciudad correspondiente. Como prueba mayor de la exactitud de la identificación con Pelusium podemos decir que las inscripciones hacen con frecuencia mención del vino de aquella ciudad tan apreciado en Egipto, refiriéndose, no solo á una clase de vino propio de la comarca, sino al que de Asia era llevado á la ciudad como primer puerto oriental de Egipto (véase J. de Rougé): *Edfou*, Pl., 66, 19 y *Dümichen*: *Rec.*, III, tab. 72, 19). Brugsch, en su erudita obra *Viaje al oasis de Khargeh*, ha dedicado un capítulo especial á las ciudades vitícolas de Egipto, y el texto de Edfú, copiado en la nota de la página 81 de la misma obra,—que dice: «que los asiáticos Fenchu navegaban con su vino 

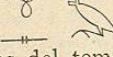
á la ciudad de la diosa Buto»—se refiere también al puerto de Pelusium, cuya diosa tutelar era precisamente la diosa Buto, y no, como pretende Brugsch, á la ciudad de Buto situada en el lago Burlos. Véase también el párrafo de Herodoto (III, 6) en que dice: «Quiero todavía hacer notar lo que han observado muy pocos de los que viajan por el Egipto, á saber: que desde Hellas (Grecia) y desde Fenicia salían dos transportes cargados de vino en dirección á Egipto.» Este vino extranjero, á lo menos el que conducían los fenicios, no era llevado á ningún otro puerto mas que al primero que encontraban los buques tripulados por fenicios al llegar á Egipto, es decir al de Pelusium, y por lo que hace al lugar, mas adelante mencionado por Herodoto, situado en el desierto de Siria falto de agua, á donde los que regresaban llevaban cántaros llenos de agua del Nilo, no puede ser otro, á juzgar por el nombre—como me ha hecho observar mi ilustre colega H. Nissen—sino la ciudad de Ostracine, situada al Este de Pelusium. La capital del distrito décimonoveno se denomina-

ba también  *Romen*, que los coptos, anteponiéndole el *pa* tan comun en los nombres de poblaciones escribieron *περεμουν* *Peremoun* (1), cuyo antiguo nombre se ha conservado claramente en los de Faramah y Rumanieh que hoy llevan dos aldeas situadas no lejos de la desembocadura del brazo pelúsico del Nilo. Reconociendo, como reconocemos, que la capital del décimonoveno distrito conocida con los antiguos nombres de *Am*, *Pa-nat* y *Romen* es la ciudad que con el nombre de Pelusium desempeñó después tan importante papel en la historia de Oriente, no podemos identificarla con la ciudad especial llamada 

(1) En una lista de ciudades escrita en griego, en copto y en árabe se compara la palabra copta *Peramoun* con la griega *Pelustum*.

Hat-uar (Auaris), situada á unos 10 kilómetros al Sudoeste de aquella y, según Lepsius, en el sitio en que hoy se encuentran las colinas de escombros de Tell-el Her, desde las cuales se llega á las de Tell-es-Semut, á unos 10 kilómetros también al Sudoeste. En este moderno nombre se conserva evidentemente el antiguo egipcio de *Samhut* que llevaba en aquella comarca una ciudad que en una lista de Edfú (véase *Dümichen*: *Rec.*, III, tab. 66) viene colocada detrás de la ciudad *Che-*

 (Heracleópolis parva) en el lado occidental del brazo pelúsico del Nilo y antes de *Ha-snot'em* (otro nombre de Auaris) y de *Aneb* (la Gerrhum de los griegos y romanos y la Schur de la Biblia), y designada como capital de un distrito especial, temporalmente separado del décimonoveno. Según todas las apariencias, Pelusium es mucho mas moderna que Auaris, y es muy probable que esta última, en los anteriores siglos, durante los cuales las costas del Delta no habían avanzado tanto, representara el importante papel que mas adelante desempeñó aquella. El distrito vigésimo, situado también en el Delta oriental y protegido por el Horo llamado «Sput, señor del Este», cuyo territorio avanza hacia el Oeste separando los distritos décimoctavo y décimonoveno, razón por la cual algunas listas (véase *Dümichen*: *Rec.*, III, tab. 62, 19, y IV, tab. 29, 4) le mencionan detrás del décimoctavo como décimonoveno y otras detrás del duodécimo como décimocero, este distrito vigésimo, decimos, es indudablemente el que los autores griegos y romanos—teniendo en cuenta su proximidad á la Arabia egipcia situada aque de el golfo Árabe y una parte de la cual pertenecía al territorio del distrito de que se trata—denominaron *Arabia* (APABIA; *νομός*; de las monedas de distrito). La ciudad de Phakusa, que el geógrafo Tolomeo cita como capital del distrito y cuyo nombre se ha conservado evidentemente en el de la actual aldea Fakus,

es la ciudad  *Kessm* mencionada en una lista de distritos del templo de Dendera (véase *Dümichen*: *Rec.*, III, tab. 65, 20) como capital del vigésimo distrito. Parece que en el dialecto popular se suprimió de la palabra la *m*, según se desprende de la forma copta del nombre *ϣαρωϥ*, en donde de nuevo encontramos la anteposición del tantas veces mencionado *pa* de los antiguos egipcios. De aquí ha salido el nombre griego *Phakusa* y el árabe *Fakus*. La Biblia, reproduciendo fielmente el antiguo nombre egipcio, lo escribe *ϣα* en lugar del cual los Setenta ponen correctamente *Γεσην* y *Γεσην* *Αραβίας*, nombre que se aplica también á toda la comarca cuya capital era y que por lo mismo se denomina país de Gosen. En la obra de Ebers *Al Sinai por Gosen*, cuya segunda edición profusamente aumentada acaba de publicarse, y algunos de cuyos datos todavía no he podido explicarme claramente, encontramos una descripción detallada del territorio de Gosen y un mapa exacto del mismo. Una inscripción hallada en una pared de un cuarto de Osiris en el templo de Dendera (véase *Rec.*, IV, tab. 27-29), separándose del orden seguido en las listas geográficas de los templos, conformes entre sí, enumera los distritos de las dos mitades del Delta, occidental y oriental, por el orden siguiente:

Primer grupo. EL DELTA OCCIDENTAL

- a. Los distritos que se extienden por el extremo occidental del Delta occidental
1, 2, 3, correspondientes á los I, II, III, de las otras listas.

- b. Los distritos orientales del Delta occidental
4, 5, - 6, 7, - 8, 9, correspondientes á los X, IX, IV, VII, VI, V.
(4, 5, los dos orientales, 6, 7, los dos meridionales y 8, 9, los dos septentrionales de la mitad oriental del Delta occidental.)

Segundo grupo. EL DELTA ORIENTAL

- a. Los distritos meridionales del Delta oriental
10, - 11, - 12, - 13, 14, correspondientes á los XIII, XI, XVIII, XX, VIII.
(10 el meridional, 11 el occidental, 12 el central y 13 y 14 los orientales de la mitad meridional del Delta oriental.)
b. Los dos distritos 15 y 16 correspondientes á los XIX y XIV, en parte situados fuera del Delta oriental
c. Los cuatro distritos septentrionales del Delta oriental
17, 18, 19, y 20, correspondientes á los XV, XVI, XVII y XVII,
cuyos territorios según este orden estaban distribuidos del siguiente modo:

				20 (XVII)	17 (XV)	15 (XIX)
(VI) 8		19 (XII)		18 (XVI)	13 (XX)	
(III) 3	9 (V)	5 (IX)		11 (XVIII)	12 (XVII)	
	(IV) 4 6 (X)		11 (XI)		14 (VIII)	(XIV) 16
(II) 2		7 (VII)		10 (XIII)		
(I) 1						

Si el lector quiere orientarse sobre el carácter provincial del Delta y sobre los monumentos que en él existen, puede ver la preciosa obra, tantas veces por mí citada, *El Egipto en imagen y en palabra*, que, unas veces tomadas de fotografías y otras muchas de dibujos debidos al lápiz de nuestros primeros pintores y hechos en los mismos lugares, contiene magníficas vistas del Delta, á las cuales da especial atractivo el texto explicativo de Jorge Ebers.

CAPITULO III

ESCRITURA É IDIOMA DE LOS ANTIGUOS EGIPCIOS

Egipto, el antiguo y grande Egipto, ha desaparecido. Menfis y Tebas, Apollinópolis y Hermópolis, Abydos y Tentyra, Heliópolis y Sais, Mendes y Bubastis, Tanis y Pelusium, y otras muchas ciudades; las poderosas y florecientes ciudades del alto y bajo país, de las cuales hemos tratado especialmente en el anterior capítulo, han desaparecido de la superficie de la tierra; la suerte de Babel y de Nínive, de Tiro y de Cartago se ha consumado. Del asiento del poder y del lujo, de los centros de la elevada altura y del saber, de los famosos puertos de los mares limítrofes, nada ó muy poco ha quedado. Allí donde se alzaban los palacios magníficos y los bien provistos tesoros de los reyes mas poderosos de la tierra; allí donde se encontraban las aulas de un colegio de sabios que en aquellos tiempos había alcanzado el mas alto grado de las ciencias, óyese en el minarete que se levanta sobre una miserable choza de barro el melancólico azan del muezin, y el viajero busca en vano entre las arenas del desierto las huellas de la antigua magnificencia. Allí donde el navegante egipcio, de regreso de lejanas tierras, saludaba, hace algunos miles de años, las patrias costas; allí donde anclaban en seguros puertos los buques egipcios cargados con los tesoros de Etiopía y del Asia; allí donde los príncipes extranjeros desembarcaban los presentes destinados á un Tutmosis ó á un Rameses, hoy las espumosas olas del mar se estrellan ante los labios de coral de una costa desierta, ó bien se levantan algunas pobres cabañas árabes en los sitios en que en otro tiempo cambiaban sus productos los comerciantes egipcios y fenicios. El transcurso de miles de años ha destruido lo que miles de años habían creado. En la Nubia, que confina con el Sur del Egipto y que algun tiempo formó parte de este reino, lo propio que en todo el Alto y Bajo Egipto, desde la entrada del Nilo por la puerta catarata de Syena hasta las costas del Mediterráneo, no se ha conservado de las construcciones de los antiguos egipcios mas que las mansiones de sus muertos, los sepulcros, y los santuarios erigidos á sus dioses, es decir, los templos. Ellos han sido los únicos que han resistido la mano del tiempo para abrir á la ciencia, al cabo de millares de años, el camino por el cual había de llegarse á la reconquista de unos conocimientos, hacia tiempo perdidos, gracias á cuya posesión ha sido dado á la investigación orientarse, por medio de los datos que hoy entiende, respecto del procedimiento intelectual de aquel pueblo que durante millares de años ocupó el primer puesto entre los pueblos cultos de la antigüedad y que al desaparecer de la escena de la historia universal, empujado cada vez mas hacia el abismo por otros pueblos, llegó á estar poco á poco, con todo lo grande que había producido, al borde de la sima del eterno olvido, separado de la esfera de nuestros conocimientos. Por modo extraño, de las tumbas, de estos monumentos que recuerdan la cesación de toda terrenal existencia debían resucitar las generaciones de un mundo semi-desaparecido y olvidado; por modo extraño les estaba reservado, á ellas y á los santuarios destinados á venerar las divinidades egipcias, el abrir á nuestras miradas los mas extremos horizontes de la historia de la humanidad, horizontes tan extensos como no los tiene el investigador para ninguna otra época culta de los tiempos antiguos. Desde las sepulturas de piedra de los mas antiguos reyes del Egipto que, marcando la Necrópolis de su capital Menfis, se alzan hoy día enfrente de la actual capital del Egipto en los confines del desierto libio, hasta la isla de Isis, Filae, rodeada de palmeras y situada en los límites meridionales del Imperio, y aun hasta mucho mas allá, en la Alta y Baja Nubia, levántanse á ambos lados del gran río aquellos notables jalones de la mas remota vida histórica, aquellos grandiosos templos y sepulcros que excitan nuestra admiración, con sus extraños adornos de dibujos é inscripciones, como fidedignos narradores de aquel gran pasado al que en otro tiempo debieron su nacimiento. Sin embargo, todo lo que ellos debían referir á la posteridad, todo lo que estaba representado en los muros de los templos y en las paredes de las capillas mortuorias, en los obeliscos, columnas y arquitecturas, en las losas sepulcrales y en las estatuas, en los sarcófagos y en los rollos de papiro que estos encerraban, todo era completamente ininteligible, pues desde tiempo inmemorial habíase perdido toda noción de la escritura y del idioma del antiguo Egipto. Estaba reservado á nuestro siglo, tan rico en descubrimientos, un hallazgo sobre el antiguo Egipto que con razón puede calificarse de afortunado y debido á una de las mas brillantes manifestaciones de la inteligencia humana: el hallazgo de la clave para descifrar la escritura jeroglífica de los antiguos egipcios. Gracias á este hallazgo un idioma, del cual pudo muy bien decirse que el último sacerdote egipcio fué el último que lo conoció y que por espacio de mas de mil años había estado oculto por un

velo impenetrable, fué nuevamente conocido, y en su consecuencia un pasado que ya pertenecía al mundo de la fábula se nos presenta hoy, como tocado por una varita mágica, cada vez mas claro, y explicado por imágenes reflejo de la verdad aun en sus mas pequeños detalles, se extiende ante los ojos del investigador que no puede menos de contemplarlo sobrecogido de sorpresa y de admiracion.

Al hacer mencion de este hallazgo tan trascendental, no me es dado pasar por alto los méritos que ha contraido especialmente la Francia en la investigacion de la antigüedad egipcia, pues de Francia partió el primer gran impulso hácia el estudio de los monumentos egipcios recientemente emprendido y coronado por el mas brillante y sorprendente éxito. Despues de este impulso que partió de Francia, á un sabio francés corresponde la gloria de haber encontrado, el primero, el camino por el cual avanza hoy con seguro paso la investigacion egipcia obteniendo incesantes resultados. Preciso es tambien confesar que en la capital de Francia fué donde por primera vez tuvo esta moderna ciencia un asiento en el cual, con sus entusiastas explicaciones y con sus trabajos que resolvian felizmente las mas difíciles cuestiones, desplegaron una actividad altamente provechosa á los trabajos egipcios el benemérito fundador de aquella ciencia Francisco Champollion y sus dos dignos sucesores, Manuel de Rongé, tan versado en el terreno de la antigüedad clásica como en el de la historia de Oriente, y G. Maspero, que, á la muerte de Mariette, fué llamado por el Jatif al Cairo para ocupar el puesto de director del Museo Egipcio.

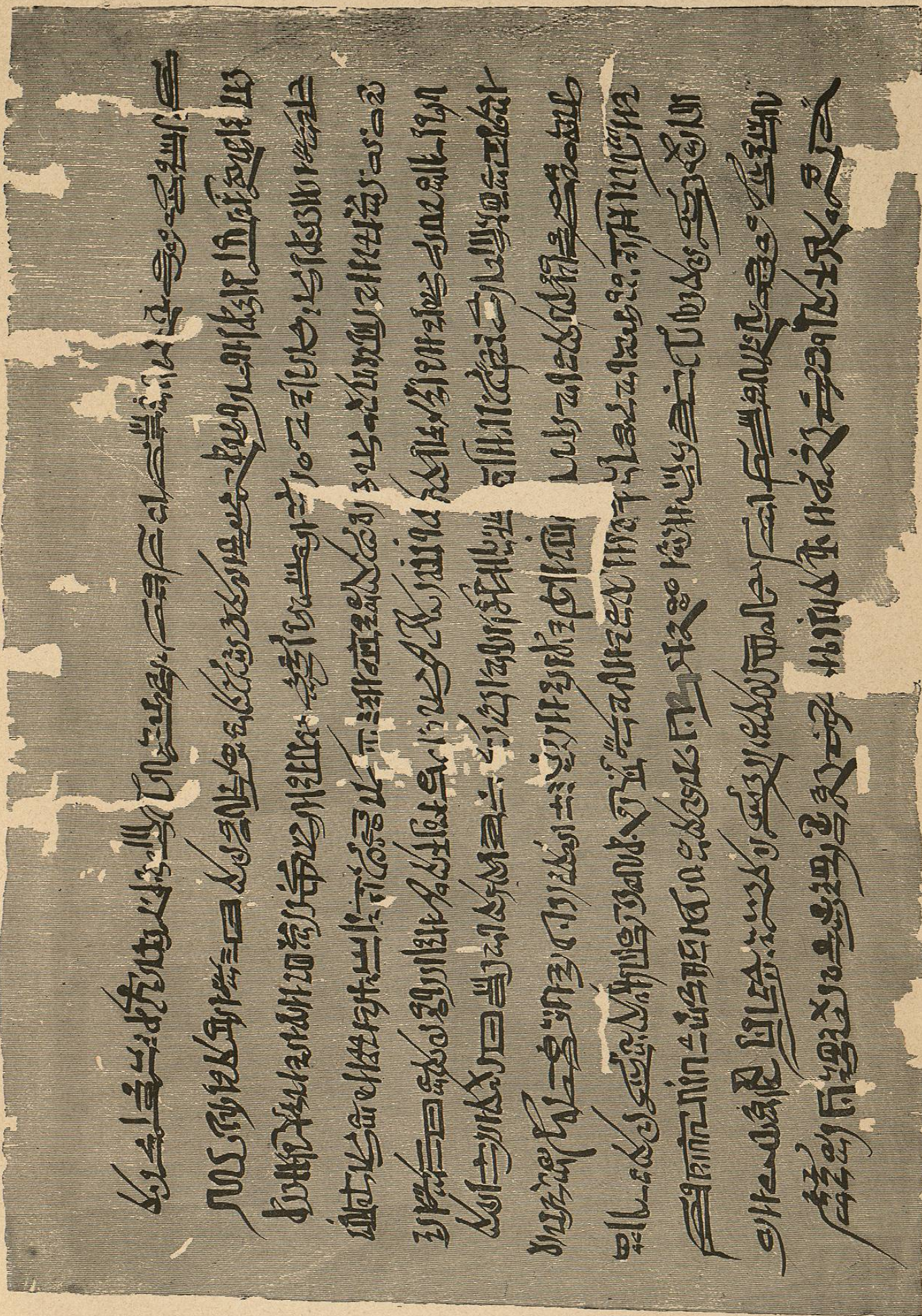
Napoleon Bonaparte y Francisco Champollion, dos hombres á cuyas sienes ciñen la historia universal y la ciencia la corona de la inmortalidad, fueron los que iniciaron la nueva era de la investigacion egipcia que desde entonces avanza con seguro paso en su camino. En los últimos tiempos del pasado siglo, Bonaparte se aprestó para dirigirse aparentemente contra Inglaterra, pero en realidad para realizar su plan de apoderarse del Egipto, plan que notoriamente habia sido trazado antes por un sabio aleman, Leibnitz, en tiempo de Luis XIV, en un documento que, al decir de historiadores ingleses y franceses, encontró Bonaparte en el Archivo real y cuyos datos aprovechó para su expedicion egipcia. Despues que se hubo hecho cargo solemnemente en Tolon del mando supremo de la expedicion enviada para conquistar el país de los Faraones, se hizo á la mar, en 19 de mayo de 1798, con una escuadra numerosa, acompañado de un número no exiguo de famosos sabios. Cuando, en 9 de junio, se hubo apoderado, sin hallar resistencia, de la isla de Malta, la escuadra francesa se presentó con gran sorpresa de los alexandrinos, en 1.º de julio, delante de su capital, que al dia siguiente fué tomada por asalto. Sabido es que aquella campaña tan audazmente concebida y abundante en hechos famosos de valor, no tuvo el éxito que de ella habia esperado el gran general francés: la victoria definitiva no fué para los franceses: sino para sus enemigos. Sin embargo, si la expedicion de Bonaparte fué una empresa desastrosa bajo el punto de vista de la conquista del Egipto actual, en cambio gracias á ella la ciencia pudo apoderarse para siempre del antiguo Egipto. *Description de l'Egypte, ou recueil des observations et des recherches pendant l'expédition de l'armée française*: así se titula la obra que comprende 12 tomos de láminas y 24 tomos de texto, y en la cual se publicaron los resultados científicos de aquella expedicion, obra notable así por el número y diversidad de los materiales contenidos en sus eruditos tomos de texto como por los dibujos ejecutados con sumo esmero durante el viaje. La investigacion egipcia, que antes se cultivaba con tan poco éxito y que por esta razon se veía cada dia mas abandonada, recibió un impulso poderoso con la pu-

blicacion de esta obra. Las colosales creaciones arquitectónicas de los antiguos egipcios, así como sus aptitudes en otras esferas, acerca de las cuales no podia formarse concepto por las anteriores publicaciones, estaban ya demostradas en una serie de dibujos, en copias correctas de conjunto y en detalle; y los adornos dibujados y las inscripciones de las paredes exteriores é interiores de las antiguas construcciones egipcias ofrecian á los sabios de todas las naciones un estudio que prometia seguros resultados. Puede decirse que con esta obra y con las investigaciones que se relacionan con la triple inscripcion de la despues tan famosa piedra de Roseta — que fué hallada durante aquella expedicion de Bonaparte, en 1799, por un ingeniero francés al abrir un foso en el fuerte de San Julian — se inició la investigacion que se dirigió, desde entonces con paso seguro, al conocimiento de la civilizacion de la antigüedad egipcia.

Durante los tiempos anteriores á nuestro siglo hasta Herodoto no han faltado escritores que mas ó menos detalladamente han hablado del Egipto; antes al contrario, nos ofrecen una rica literatura en los idiomas de Oriente y de Occidente. Pero cuando se lee todo cuanto se ha escrito y poetizado acerca del antiguo Egipto en aquellas obras, no puede menos de recordarse involuntariamente la lamentacion profética que dijo: «¡Oh Egipto, solo fábulas quedarán de tí!» En efecto, únicamente de fábulas se compone la narracion de la antigüedad clásica, hecha en un tiempo en que hubieran podido tenerse acerca del antiguo Egipto noticias exactas. Fábulas son tambien las que los autores cristianos y árabes nos refieren acerca de los antiguos habitantes del valle del Nilo, de su historia, idioma y religion; así es que pocas son las noticias fidedignas que podemos recoger en la literatura que desde entonces hasta la resurreccion del idioma egipcio ha venido tratando del antiguo Egipto. En medio de una multitud de desatinos, encontramos alguna vez una obra, cuyo autor se anuncia como formal investigador que va en busca de la verdad; entre el farrago de nimiedades, se nos presenta alguna hipótesis ingeniosa con toda la apariencia de verdad ó alguna combinacion hábilmente defendida; pero por lo general no vemos mas que imágenes oscuras tomadas, unas veces por mano hábil, otras por mano torpe, en un hermoso país envuelto, en el momento de la apreciacion, en densas tinieblas. Aquella abundante literatura ha contribuido muy poco á rectificar y á aumentar las noticias de la antigüedad egipcia.

De los autores de la antigüedad clásica que trataron del Egipto y que en sus obras dan de cuando en cuando algun indicio acerca de la lengua y de la escritura egipcias, el primero digno de mencionarse es Herodoto, el cual, aun cuando no iniciado en el idioma egipcio, visitó el valle del Nilo en una época en que entre los indígenas habia algunos que hablaban el griego, del mismo modo que entre los griegos no faltaban algunos que poseían el egipcio; y á pesar de que aquellos entendian la escritura jeroglífica tan poco como Herodoto, por mediacion suya pudo el viajero, que deseaba satisfacer su curiosidad, entenderse con los sabios sacerdotes egipcios. Sin embargo, de los datos que consigna Herodoto como resultado de sus entrevistas con los sacerdotes egipcios respecto de la escritura jeroglífica, se saca tan poco en claro para descifrarla, como de sus noticias históricas para la formacion de una historia del Egipto antiguo. Lo que decimos de Herodoto puede decirse tambien con leve diferencia de sus sucesores. Ni las explicaciones de los jeroglíficos del alexandrino Charemon (1), que en fragmentos nos ha conservado el mon-

(1) Sobre los fragmentos de Charemon, importantes para descifrar un gran número de signos jeroglíficos, ha llamado por vez primera la atencion, en 1850, S. Birch, en las *Transactions of the Royal Society of Literature*, vol. III.



Antigua carta egipcia del tiempo de Remeses (siglo déimocuarto antes de J. C.) El original se encuentra en el Museo Británico. El signo rasgado de la línea 9 indica que allí empieza un nuevo párrafo; en el original este signo es rojo y el resto de la escritura, negro. El papiro está roto en los puntos que aparecen blancos en este facsimile.